

Universidad de Washington, que canceló la invitación que había hecho al doctor J. Robert Oppenheimer porque le consideraba «controversial». Habría que preguntarse ante este estado de cosas que, repetimos, encierra un peligro, cuál es la base común. Parece indudable que el fundamento está en el sistema económico, ya que las instituciones de enseñanza superiores están económicamente sostenidas o protegidas por entidades privadas, de manera que la Junta que administra económicamente a la entidad, tiene un poder y al mismo tiempo unas limitaciones que presionan sobre la libertad intelectual propiamente dicha.—E. T. G.

BRECHT (Arnold): *Gottes latenter Platz in der politischen Theorie des 20. Jahrhunderts*, en «Archiv für Rechts- und Sozialphilosophie», vol. XLII-4, (págs. 465-478).

El artículo es una parte de un libro más general sobre la política científica en el siglo xx. Arranca Arnold Brecht del puesto que tiene Dios en la filosofía y la ciencia del siglo xx: de su inactualidad o inconcreción, de la imposibilidad de su conocimiento existencial, desde aquí; es decir, de su latencia u ocultación, de su falta de plena manifestación en el pensamiento contemporáneo; lo que no quiere decir, sin embargo, su ausencia total en el pensamiento científico y, por tanto, científico-político. Ello hace relativo cualquier conocimiento, y además fundamenta últimamente los desórdenes y catástrofes políticas del siglo. Si aparece para la filosofía y la ciencia del siglo xx problemático que haya Dios, también, o más, resulta problemático lo contrario, que no haya Dios. Nuestro pensamiento científico descansa sobre esta trágica alternativa: que haya o no Dios, que exista o no exista. Ambas son hipótesis científicas, ambas alternativas pueden teóricamente sustentarse. Se trata de dos métodos científicos, lógica o científicamente considerada tal alternativa o problema, fríamente contemplada la cuestión, que no sólo los científicos han planteado *fifty-fifty*, en frase inglesa muy expresiva. Pero si podemos conocer que Dios existe, no podemos conocer que Dios no exista. El tomismo y neotomismo ha podido demostrar la existencia de Dios; no así los que se

pronuncian por la alternativa opuesta. Si ambas alternativas son misteriosas, no puede serlo una sola de ellas: la de que Dios exista. El argumento pseudocientífico que niega la existencia de Dios se basa sobre todo en que si existiera Dios se daría a conocer en el mundo. La ciencia, por una parte, no es exclusivamente el orden de conocimiento único para conocer la existencia o no existencia de Dios, como reveló Kierkegaard, pero es que además no se deduce del estado actual de la ciencia que pueda probarse «científicamente» la no existencia divina.

Ni Darwin, ni Hegel, ni Marx, ni Freud, los cuatro científicos y filósofos acaso más representativos e influyentes en nuestro tiempo, fundamentan suficientemente, en el caso de que se dedujera de sus obras la no existencia de Dios, la no existencia divina. La diferencia que hay entre hipótesis y ciencia es la que media entre la alternativa negativa y la afirmativa respecto a la existencia de Dios. Y analizando fenomenológicamente la duda, tampoco se sigue que la alternativa sea exactamente igual, ya que si es posible la demostración de la existencia de Dios, resulta imposible la demostración de la no existencia.—E. S. E.

GOTSHALK (D. W.): *Politics and Civilization*, en «Ethics», vol. LXVI, núm. 2, enero 1956 (págs. 79-86).

En este artículo el autor se refiere con especial consideración a la política en cuanto relación internacional y a la civilización propia del siglo xx. Esto no quiere decir que las consecuencias o las observaciones no tengan validez para estudiar en cualquier caso las relaciones entre política y civilización. Advertido esto, conviene tener en cuenta que cuando este artículo se refiere a la civilización, lo hace considerando sobre todo la civilización como una actividad o un sistema de actividades humanas y no como pura situación quieta o un conjunto estático de condiciones. Por otra parte, la civilización en cuanto actividad implica no sólo instituciones, hábitos, sino también un proceso inconsciente de creación y otras muchas fuentes de actividad. En cuanto a la política, hay que considerarla como actividad que recoge a su vez un complejo de actividades dentro del ámbito de la civi-